

tal vez espías, eran tratados por la administración muy suavemente, y los que mostraban tesón, los independientes, como hombres peligrosos. Como el jefe, conservador, defensor instintivo de lo existente, quería, á las claras, no tener más que hombres suyos, todos los subordinados, los ingenieros, los contra-maestros, los vigilantes, extremaban el rigor, y eran de severidad implacable, en punto á obediencia, y á lo que llamaban buena voluntad.

Bonnaire, herido en su anhelo de libertad y de justicia, se encontró naturalmente á la cabeza de los descontentos. El fué quien se presentó con algunos compañeros en casa de Delaveau, para hacerle saber lo que querían. Le habló muy claramente, y le exasperó, sin obtener el aumento de salarios que se pedía. Delaveau no creía posible en su fábrica la huelga general, pues los obreros metalúrgicos tardan en enfadarse; no había habido huelga en el Abismo hacía años, mientras estallaban, sin cesar, entre los mineros, en las minas de hulla de Brías. Y cuando esta huelga general se produjo, á pesar de sus previsiones; cuando una mañana, doscientos hombres apenas, de los mil que eran, se presentaron, y tuvo que cerrar la fábrica, tal cólera contenida sintió, que desde entonces se cerró á la banda, intransigente. Empezó por poner en la calle al sindicato y á Bonnaire, cuando se atrevieron á venir á verle algunos delegados. El era el amo en su casa, y sus cuestiones con sus obreros no tenía que resolverlas más que con ellos mismos. Bonnaire tuvo que volver á verle, acompañado únicamente de tres compañeros. Pero no sacaron de él más que razonamientos, cálculos, cuya conclusión era que comprometería la prosperidad del Abismo si aumentaba los salarios. Se le había confiado un capital, se le había puesto á dirigir la fábrica, y su estricto deber consistía en que la fábrica prosperase, y el capital diera el rédito ofrecido. Ciertamente, deseaba ser humano, pero se tenía por perfectamente honrado cumpliendo sus compromisos y sacando de la empresa que dirigía la mayor riqueza posible. Lo demás eran sueños, loca esperanza, porvenir utópico y peligroso. Y así, tercios todos, después de varias entrevistas por el estilo, la huelga pudo durar dos me-

ses, desastrosa para el salario como para el capital, agravando la miseria de los trabajadores, mientras la maquinaria, quieta, se estropeaba.

Después se había llegado á ciertas concesiones mútuas, entendiéndose respecto á las nuevas tarifas. Pero, todavía durante una semana, Delaveau se había negado á que volvieran algunos obreros, los que tenía por cabezas de motín, entre los cuales estaba Bonnaire. Guardaba rencor á éste, aunque reconocía que era uno de sus obreros más diestros y sobrios. Por último, cuando cedió, cuando le dejó volver con los demás, declaró que lo admitía á la fuerza, contra su gusto, porque hubiera paz.

Aquel día, Bonnaire se sintió condenado; por lo pronto no quiso el olvido, ofrecido así; se negó á volver con los compañeros. Pero éstos, que le querían mucho, declararon que sin él no volverían, y él fingió resignarse, muy noblemente, para no ser causa de nueva ruptura. Los camaradas bastante habían sufrido; su resolución estaba tomada, quería sacrificarse solo, sin que otro alguno sufriera le pena de la semi victoria ganada; por eso había vuelto el jueves, prometiéndose marcharse el domingo, convencido de que su presencia en el Abismo ya era imposible. Nada había dicho á nadie, sólo había advertido á la administración, el sábado por la mañana, que de tarde se iría; y si todavía estaba en el Abismo aquella noche, era porque quería terminar un trabajo comenzado. Quería desaparecer discretamente y á lo honrado.

Lucas no hizo más que dar su nombre al portero, preguntando si podía hablar en seguida con el maestro pudelador Bonnaire; y el portero, con un ademán, le indicó el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores, en el fondo del segundo patio, á la izquierda. Estos patios, anegados por las últimas lluvias, eran una verdadera cloaca, con el piso de piedra, levantado, y la confusión de railes entre los que pasaba una vía de empalme, desde la fábrica á la estación de Beauclair. Bajo la claridad, como de luna, de algunas lámparas eléctricas, á través de las sombras que proyectaban los cobertizos, la torre de templear los cañones, los hornos de cementar, confusos, parecidos á las construcciones de algún culto bár-



baro, una locomotora pequeña maniobraba despacio, con silbidos agudos, para no aplastar á nadie. Pero ya en el umbral, eran los martinets, sobre todo, los que ensordecían á los visitantes, los dos martinets instalados en una especie de bodega, y de los cuales se veía las cabezas enormes, de bestia voraz, que batían en hierro, con un ritmo furioso, lo mordían, lo estiraban en barra, con el encarnizamiento de sus dientes de metal. Los obreros que había allí vivían tranquilos, silenciosos, sin hablar más que por señas, en aquel estrépito y sacudimiento continuos. Lucas, después de atravesar un edificio bajo, donde otros martinets hacían gran ruido, muy cerca á la izquierda, atravesó el segundo patio, cuyo piso destrozado estaba obstruido por piezas de desecho, que dormían en el lodo, esperando volver á la fundición. Algunos hombres cargaban sobre un vagón una gran pieza, de forja, un árbol de torpedero, terminado aquel mismo día, y que la pequeña locomotora iba á llevarse. Llegaba ésta silbando, y Lucas tuvo que apartarse. Siguió por una calle, entre montones simétricos de barras de fundición, la primera materia, y llegó al fin al taller de los hornos de pudelar y de los laminadores.

Este taller, uno de los mayores, retumbaba todo el día, con el terrible fragor de los laminadores en marcha. Pero á aquellas horas los laminadores dormían; más de la mitad del inmenso cobertizo, estaba sumida en una obscuridad profunda. De los diez hornos de pudelar, sólo cuatro ardían, servidos por dos martillos zingladores. Aquí y allí, una débil llama de gas oscilaba al viento, grandes sombras inundaban el espacio, y á penas se distinguía, en lo alto, las gruesas armaduras ahumadas que sostenían la techumbre. Rumores de agua salían de la obscuridad; la tierra pisoteada, que era el suelo, agrietada, con jorobas, soltaba aquí la humedad en barro fétido, y no era, muy cerca, ya más que polvo de carbón, un montón de detritos. Por todas partes, la grasa del trabajo, descuidado, sin gusto, el trabajo execrado y maldito, en el antro apestado de humo, manchado con la suciedad que llenaba el ambiente; negro, destrozado, inmundo. En una especie de barracas, de tablas groseras, pendía

de clavos la ropa de calle de los obreros, mezclada con mandiles de tela y de piel. Y toda esta miseria sombria, no se doraba con una llamarada, más que cuando un maestro pudelador abría la puerta de su horno, de donde entonces salía un chorro de claridad deslumbradora, que atravesaba las tinieblas de todo el recinto, como los rayos de un astro.

Cuando Lucas se presentó, Bonnaire acababa de revolver, por última vez, el metal en fusión, los doscientos kilos que el horno y el trabajo iban á convertir en acero. La operación entera exigía cuatro horas; la faena dura estaba en este braceo, después de las primeras horas de espera. Sujetando con las manos un espetón de cincuenta libras, el maestro pudelador, bajo la acción de la punzante reverberación, braceaba durante veinte minutos la materia incandescente, sobre la plaza del horno. Con la berlinga rastrillaba el fondo, amasaba la enorme bola que parecía un sol, al que nadie más que él podía mirar, con sus ojos endurecidos por la llama; y sabía como iba el trabajo, según el color. La berlinga, al retirarla, estaba roja, con flores de chispas. Ordenó por señas al fogonero que activase el fuego, mientras que el otro obrero, el compañero pudelador, cogía una berlinga, para hacer á su vez el berlingado, según el término en uso.

—¿Es usted el señor Bonnaire?—preguntó Lucas, que se había acercado.

Sorprendido, respondió el obrero que sí, con la cabeza. Vestido con la camisa y un simple mandil, parecía soberbio, el cuello blanco, sonrosado el rostro, en el esfuerzo vencedor, envuelto en la luz de aquel sol de fragua. De treinta y cinco años apenas, era un coloso rubio, el pelo cortado al rape, ancho el rostro, macizo y plácido; de su boca grande, de firme dibujo, de sus grandes ojos tranquilos, emanaban la rectitud y la bondad.

—No sé si usted se acordará de mí,—continuó Lucas.—El verano último, le he visto á usted aquí, y hemos hablado.

—Justamente,—respondió por fin, el maestro pudelador.—Es usted un amigo del señor Jordán.

Después que el joven, con algún trabajo, le explicó el motivo de su visita, lo que había visto, cómo la



miserable Josina quedaba en la calle, y la buena acción que sólo él podía hacer sin duda, el obrero volvió á callar, mostrando también cierta vacilación, n-quieto. Los dos callaban; y hubo una dilación, que prolongó el bailoteo del martillo cinglador, que estaba allí, para los dos hornos apareados. Luego, cuando pudo hacerse oír, el maestro pudelador dijo sencillamente:

—Está bien, haré lo que pueda... En cuanto acabe, cosa de tres cuartos de hora, iré con usted.

Lucas, aunque ya eran cerca de las once, resolvió esperar; y puso la atención, primero, en una cizalla mecánica, que en un rincón sombrío cortaba el acero en barra, que salía de los hornos de pudelar, con una facilidad tranquila, como si cortase manteca. A cada tijeretada caía un pedacito, y pronto se formaba un montón, que una carretilla llevaba á los compartimientos del cargadero, donde se componía cada carga, de treinta kilogramos, en un cajón, para llevarla en seguida al taller de los hornos de crisol. Y para matar el tiempo, Lucas, atraído por la gran claridad rosada, que venía de aquel taller que estaba próximo, se dirigió á él. Era una sala, grande y alta, también de mal aspecto, sucia, estropeada, negra, en la que á nivel del suelo desigual, obstruido de desechos, se abrían seis baterías de hornos, divididos en tres compartimientos cada uno. Esta especie de fosas ardientes, estrechas y largas, cuyos macizos de ladrillo ocupaban todo el subsuelo, se calentaban, por una mezcla de aire y de gas inflamado, que el maestro fundidor vigilaba por sí mismo, por medio de una compuerta. Había, rayando la tierra pisoteada de la sala tenebrosa, seis hendiduras abiertas, sobre el infierno interior, sobre el volcán en continua actividad, cuya hoguera subterránea bramaba. Coberteras, en forma de losas largas, de ladrillos, encerrados en armaduras de hierro, estaban colocadas á través de los hornos; pero estas tapas no se tocaban; una intensa luz rosada salía de los intersticios, y cada resplandor de aquellos parecía el orto de un astro. Y estos rayos prolongados de luz que brotaban, subían en haces hasta los vidrios polvorientos de la techumbre. Y cuando un obrero, por necesidad de servicio quitaba una de las

tapas, parecía que el astro surgía entero, y todo el taller se iluminaba con claridad de aurora.

Pudo Lucas seguir la operación. Varios obreros cargaban un horno; les vió bajar los crisoles de tierra refractaria, previamente enrojados, y verter en ellos, por medio de un embudo, la mezcla de los cajones, un cajón de treinta kilos por cada crisol. En tres ó cuatro horas, la fusión iba á hacerse. Luego, se quitarían los crisoles, y se vaciarían. El arranque, el vaciado, la faena mortífera. Al acercarse á otro horno, donde los ayudantes armados de largas barras, acababan de comprobar que la fusión estaba hecha, reconoció Lucas á Fauchard en el arrancador encargado de retirar los crisoles; pálido, enjuto, la cara flaca y cocida. Fauchard conservaba piernas y brazos de Hércules. Deformado físicamente, por la terrible faena, siempre igual, que desempeñaba catorce años hacía ya, todavía había padecido más en su inteligencia, con aquel papel de máquina, de movimientos eternamente semejantes, sin pensamiento, sin acción individual, convertido él mismo, en un elemento de lucha con el fuego. No bastaban estas lacerias físicas, los hombros subidos, los miembros hipertrofiados, quemados los ojos, debilitados por la llama; tenía además la conciencia de su ruina intelectual; pues cogido á los diez y seis años por el monstruo, después de la instrucción rudimentaria, bruscamente detenida, se acordaba de haber sido inteligente, de haber tenido un pensamiento, que ahora vacilaba y se extinguía, bajo la rueda implacable á que daba vueltas, como bestia ciega, bajo el peso abrumador del oficio que envenenaba y destruía. Y ya no tenía más que una necesidad, una alegría: beber sus cuatro litros, por día ó por noche de trabajo; beber para que el horno no quemase, como una corteza seca su piel calcinada, beber para no caer hecho ceniza, y para tener una felicidad última, y acabar su vida en la dichosa imbecilidad de una embriaguez continua.

Bien creyó Fauchard aquella noche tener que dejar al fuego cocerle un poco más de sangre; pero á las ocho, tuvo la grata sorpresa de ver á su mujer Natalia traerle los cuatro litros, tomados al fiado en casa de Caffiaux, y con los que ya él no contaba. Se dis-



culpó la buena mujer, de no haberle podido traer ni una hebra de carne, porque Dacheux no se había apiadado. Siempre quejumbrosa y desanimada, ya le inquietaba el pensar lo que comerían al día siguiente. Pero el marido, muy contento porque tenía vino, la despidió prometiéndole pedir en la administración, como los compañeros, un anticipo. Y le había bastado una corteza de pan; bebía, y ya estaba aplomado. Al llegar el momento del arranque, volvió á beber un trago, medio litro; empapó en agua, en el pilón común, el gran mandil de tela, en que estaba envuelto, y en seguida, calzado de grandes zuecos, cubiertas las manos con guantes mojados, armadas de la larga tenaza de hierro, por encima del horno, de una zancada, apoyó el pie derecho sobre la tapa que acababan de separar, pecho y vientre recibiendo el empuje formidable del calor que subía del volcán entreabierto. Apareció un momento, rojo todo él, como ardiendo, en plena hoguera, como una tea. Los zuecos humeaban, humeaban los guantes y el mandil, toda su carne parecía derretirse. Pero él, sin prisa, con ojos habituados á la llama, buscaba el crisol en el fondo del foso ardiente, se inclinaba un poco, para cogerlo, con la larga tenaza; y con una brusca sacudida de riñones, irguiéndose, en tres movimientos rítmicos y ligeros, deslizado una mano á lo largo de la barra, después la otra que se juntó á ella, arrancó el crisol y sacó el brazo, con movimiento en que no se vió esfuerzo, aquel peso de cincuenta kilogramos, contando con crisol y tenazas; y dejólo en tierra como un pedazo de sol, de una blancura deslumbradora, que al punto fué color de rosa. Y vuelta á empezar. Uno á uno sacó todos los crisoles, entre el incendio, cada vez más fuerte de aquellas masas de fuego, aun con más destreza que fuerza, yendo y viniendo entre las brasas incandescentes, sin quemarse nunca, sin parecer sentir siquiera la radiación intolerable.

Se iba á fundir granadas pequeñas, de sesenta kilos. Las rieleras de forma de botella, estaban colocadas en dos filas. Después que los ayudantes limpiaron de escorias los crisoles, con una barra de hierro, que salía humeante, con babas de púrpura, el maestro

fundidor cogió con presteza los crisoles, con sus grandes tenazas redondas, y vació dos en cada lingotera. El metal corría, en un chorro de lava blanca, sonrosada, despidiendo chispas azules, delicadas como flores; se diría que trasegaba claros licores, salpicados de oro. Todo se hacía sin ruido, con movimientos precisos y rápidos, de una gracia sencilla, entre la viva claridad y el calor del fuego, que convertía todo el recinto en voraz hoguera.

Lucas, por falta de costumbre, se sofocaba; no pudo permanecer allí más tiempo. A cuatro ó cinco metros del horno, se le abrasaba el rostro; un sudor de fuego le empapaba el cuerpo. Las granadas le habían interesado; las miraba enfriarse, preguntándose donde estarían los hombres á quienes un día matarían acaso. Pasó al cobertizo próximo, y se encontró en el taller de los martillos pilones, y de la prensa de forjar, dormida á tales horas, con su monstruoso aparato, la prensa de una fuerza de dos mil toneladas, los martillos de fuerzas menores, escalonados, que tenían en el fondo de la semi obscuridad perfiles negros y rechonchos de dioses bárbaros. Allí precisamente, se encontró con las granadas otra vez; otras granadas que aquel mismo día se habían forjado en matriz, bajo el martillo pilón más pequeño, al salir de la lingotera, después de un recocado. Le llamó luego la atención un tubo de gran cañón de marina de seis metros de largo, tibio todavía por haber pasado bajo la prensa, donde los lingotes de acero de mil kilos se alargaban, tomaban la forma debida, como rollos de blanda pasta; y el tubo esperaba encadenado, dispuesto para que se lo llevaran y ser cargado por las grúas poderosas, para ir al taller de los tornos, que estaba más lejos, después del taller en que estaba el horno Martín y el vaciado de acero.

Llegó entonces Lucas hasta el extremo; atravesó también este taller, el más grande de todos, donde se fundían las grandes piezas. El horno Martín permitía verter el acero en fusión, en cantidad considerable, en las formas de fundición; mientras dos puentes eléctricos, grúas volantes, á ocho metros de altura, transportaban con una especie de suavidad aceitosa, á todas partes, gigantescas piezas de varias tonela-



das de peso. Entró Lucas luego en el taller de los tornos, un inmenso salón cerrado, un poco más decente que los otros y que mostraba en dos líneas máquinas admirables, de delicadeza y potencia incomparables. Había garlopas para cepillar los blindajes de navío, que daban forma al metal, como el cepillo de un carpintero se la da á la madera. Había, sobre todo, tornos de un mecanismo complicado y precioso, bonitos como alhajas, que divertían como juguetes. De noche, sólo algunos trabajadores, alumbrados por sendas lámparas eléctricas, con un ruido ligero, un zumbido suave, en el silencioso ambiente. Y otra vez dió con las granadas; con una que habían cortado por la cabeza y el culote al salir por la matriz y que después habían fijado en un torno para calibrarla exteriormente, primero; giraba con velocidad prodigiosa y volaban copos de acero bajo la fina cuchilla inmóvil, como hilos de plata. Ya no había más que horadarla interiormente, templarla, concluirla: y ¿adónde estaban los hombres que iba á matar cuando la cargasen? Lucas vió surgir de todo este heroico trabajo humano, del trabajo domado, siervo bajo el imperio del hombre, vencedor de las fuerzas naturales, una visión de matanza, el rojo frenesí de un campo de batalla. Se alejó y fué á dar más lejos con un gran torno, donde giraba un cañón semejante á aquel cuyo tubo formado acababa de ver; pero éste ya estaba calibrado por fuera y brillaba como una moneda nueva. Bajo la dirección de un muchacho, casi un niño, atento, inclinado sobre el mecanismo como un relojero sobre el de un reloj de bolsillo, giraba, giraba sin fin, con suave zumbir, mientras la cuchilla, por dentro, lo barrenaba con tal precisión, que no se desviaba ni una milésima de milímetro. Y cuando este cañón también estuviera templado, después de haberle arrojado en un baño de petróleo desde lo alto de la torre, ¿en qué campo de desastre iría á matar hombres! ¡qué atroz recolección de vidas sería la suya, cuando estaba forjado de aquel acero con que los hombres hermanos no debían fabricar más que carros y rieles!

Lucas empujó una puerta, y salió un instante al aire libre. Estaba la noche húmeda y templada; res-

piró á sus anchas, saboreando el viento. Levantó los ojos; no vió ni una estrella entre las nubes que corrían como locas. Pero los globos de las lámparas incandescentes, de trecho en trecho, en los patios, reemplazaban á la luna sumergida; y volvió á ver las chimeneas entre el humo pálido, un cielo sucio de carbón, cortado doquiera por la red de hilos, que transmitían la fuerza eléctrica y parecían una gigantesca tela de araña. Las máquinas que producían tal fuerza, muy hermosas, funcionaban allí, en un edificio nuevo. Había además un tejár para la fabricación de ladrillos y crisoles de tierra refractaria; una carpintería para los modelos y embalajes; numerosos almacenes para los aceros y hierros del comercio. Lucas se perdió por aquella ciudad en pequeño; gustábase encontrar paisajes desiertos, negros rincones, en calma, de algún patio, donde se sentía revivir; pero, de pronto, volvió á verse en aquel infierno, esta vez en el cobertizo de los hornos de crisol.

Se ejecutaba otra maniobra; sesenta crisoles eran arrancados á la vez, para fundir una gran pieza de forja, que debía de pesar mil ochocientos kilos. En el taller próximo, el molde con su embudo, esperaba en pie en el fondo del foso. Rápidamente, se organizó el desfile; todos los ayudantes de las cuadrillas se pusieron á trabajar; para cada crisol dos hombres, levantándolo, con ayuda de las dobles tenazas, y llevándolo á paso largo y ligero. Uno tras otro, pasaron los sesenta en brillante procesión; parecía un baile de espectáculo, con faroles á la veneciana, de un rojo anaranjado, que bailarinas de vago aspecto, de rápidos pies de sombra, paseaban de dos en dos; y la maravilla estaba en la rapidez extraordinaria, en la seguridad perfecta de aquellos movimientos tan bien regulados, que les hacía parecer como jugando en medio del fuego; ya acudían, se rozaban, marchaban, volvían, como haciendo juegos malabares con estrellas en fusión. En menos de tres minutos, los sesenta crisoles estaban vaciados en el molde, de donde subía un haz de oro, un ramillete de chispas que iba creciendo.

Quando volvió Lucas á la sala de los hornos de pu-  
TRABAJO.—TOMO I.



delar, y de los laminadores, después de un paseo de media hora larga, encontró á Bonnaire, á punto de acabar su faena.

—Al momento soy con usted.

Sobre la plaza del horno, que ardía, cuya puerta abierta echaba llamaradas, ya había por tres veces aislado una cuarta parte del metal incandescente, cincuenta kilos de material, que arrollaba y á que daba la forma de una especie de bola, con la berlín-ga; y habiendo pasado ya tres partes del material de su poder al del martillo cinglador, se ponía á trabajar la cuarta y última. Veinte minutos llevaba así, ante aquellas fauces voraces, el pecho crujiendo en la hoguera, los brazos manejando el pesado gancho, y siempre ojo avizor, para dirigir bien el trabajo, entre la llama deslumbradora. Miraba fijamente, en medio de las brasas, la bola de acero hecho fuego, que arrollaba con movimiento continuo. Parecía agrandarse, cual fabricante de astros, creando mundos en ardiente reverberación, que doraba su cuerpo, grande, sonrosado, sobre el fondo negro de las tinieblas. Y todo acabó. Retiró el espetón, hecho ascua, y entregó al compañero los últimos cincuenta kilos de la carga.

Allí estaba el fogonero con la carretilla de hierro, esperando. Armado de tenazas, cogió el compañero la bola, especie de gran esponja ardiendo, que hubiera brotado en alguna caverna volcánica; la sacó de un golpe y la arrojó en la carretilla, que el fogonero empujó rápidamente, hasta el martillo cinglador. Y un oficial de herrero sujetó la bola con sus tenazas, para darle vueltas bajo el martillo, que de repente entró en acción. Aturdía y deslumbraba aquello; tembló el suelo, se oía como campanas á vuelo, en tanto que el herrero, con guantes y cinturón de piel, desaparecía en un huracán de chispas. A veces, eran tan grandes las rebabas lanzadas, que estallaban en todos sentidos como metralla. Impasible en medio de aquel tiroteo, daba el herrero vuelta á la esponja, presentándola por todos lados, para hacer de ella el pastel, la torta de acero, que luego se entregaría á los laminadores. Y el martillo le obedecía, golpe aquí golpe allá, ya lentos ya rápidos; y sin una palabra,

sin que se pudiera ni aun sorprender las órdenes que daba con una seña al obrero, que manejaba la máquina, sentado en lo alto, en su cajón, la mano en la palanca, que guiaba el impulso.

Lucas, que se había acercado, mientras Bonnaire cambiaba de ropa, reconoció á Fortunato, el cañado de Fauchard, en el obrero encaramado allá arriba, inmóvil durante horas, sin más vida que la de aquel movimiento maquinal de la mano, en medio del estrépito ensordecedor, que él mismo desencadenaba. A la derecha la palanca, para que el martillo cayese; la palanca á la izquierda, para que se levantara; y nada más, el pensamiento del niño se limitaba á esto, encerrado en tan breve espacio. Un instante, á la viva claridad de las chispas, se le pudo ver, débil y ruín, con el rostro pálido, los cabellos descoloridos, los ojos turbios de miserable sér, cuyo crecimiento físico y moral había detenido el trabajo de bruto, sin atractivo, sin albedrío.

—Si usted quiere que marchemos, estoy á su disposición,—dijo Bonnaire, en cuanto cesó el ruido del martillo de forja.

Lucas se volvió rápido y se vió en frente del maestro modelador, vestido con un mandil y una chaqueta de lana gruesa, con un lío bajo el brazo, con el traje de mecánica y otras menudencias de su uso, todo el ajuar de la fábrica, pues la dejaba para no volver.

—Sí, sí; vamos pronto.

Pero Bonnaire aún se detuvo. Como si olvidara algo, echó una mirada á la barraca de tablones que servía de ropero. Después miró el horno, el horno que había hecho suyo en más de diez años, viviendo de la llama, conquistando allí por millones de kilogramos el acero que mandaba á los laminadores. Partía por propia voluntad, con la idea de que este era su deber, por él y por sus compañeros; mas por lo mismo el dolor de arrancarse de su puesto era más heróico.

Dominó la emoción que le apretaba la garganta y echó á andar delante.

—Tenga usted cuidado, caballero: esta pieza está caliente todavía, y le quemaría el zapato.

Ni uno ni otro hablaron más. Atravesaron los dos patios que aparecían confusamente, á la luz de luna



de las lámparas eléctricas; pasaron cerca de las construcciones bajas donde los martillos hacían tanto ruido. Y en cuanto salieron del Abismo, les tragó la noche negra; sintieron disminuir, á la espalda, las llamaradas y los gruñidos del monstruo. Seguía azotando el viento que desgarraba en el cielo las nubes fugitivas. Del otro lado del puente, el ribazo del Mionna estaba desierto; ni un alma. Cuando Lucas hubo encontrado sobre el banco en que la dejara á Josina, inmóvil, los ojos muy abiertos á la obscuridad, apretando á su cuerpo flaco la cabeza de Nanet dormido, quiso retirarse, porque veía que su misión estaba cumplida, puesto que Bonnaire se encargaba ahora de asegurar un albergue á la mísera criatura. Pero le pareció que el trabajador encontraba de repente difícil su empeño y que le inquietaba la idea de la escena terrible que le esperaba en casa, cuando su mujer, la tremenda Pelos, le viese entrar con aquella andrajosa. Y lo peor era, que todavía no le había anunciado su resolución de dejar la fábrica, y barruntaba una gran disputa, cuando supiera que se había quedado sin trabajo, en la calle, por su voluntad.

—¿Quiere usted que yo le acompañe?—propuso Lucas.—Yo lo explicaré todo.

—A fe mía, caballero,—respondió el otro, consolado,—puede que eso fuera lo mejor.

Ni una palabra medió entre Bonnaire y Josina. Parecía ésta avergonzada delante del maestro pudelador, y si él le tenía una especie de lástima paternal, por indulgencia de su buen corazón, no podía menos de culparla por haberse rendido á tan mala persona. Había despertado á Nanet con suavidad, al ver que volvían Lucas y el maestro. Animados por Lucas, el niño y su hermana habían echado á andar á su lado, en silencio. Tomando por la derecha, siguiendo el terraplén del ferrocarril, entraron en el Beauclair viejo, cuyas casuchas, á la salida de la garganta de los montes Bleuses, se mostraban sobre el terreno llano en una especie de laguna nauseabunda, hasta el barrio nuevo del pueblo. Era aquello una confusión de calles estrechas, sin aire, sin luz, todas apestadas por un arroyo que corría en medio; y no las lavaba más que el agua de los chubascos.

No se comprendía tal amontonamiento de población miserable, en espacio tan estrecho, cuando la Rumaña extendía en frente la inmensidad de la llanura, donde el libre hálito del cielo soplabá como un mar. Solo por el rigor de la lucha por el dinero, por la propiedad, se explicaba que se midiese con tal tacañería á los hombres el derecho al suelo, un poco de la madre común, los pocos metros necesarios para la vida ordinaria. La especulación había mediado y un siglo ó dos de miseria, habían venido á parar á esta cloaca de viviendas baratas, donde á pesar de todo eran frecuentes los desahucios, por bajos que fuesen los alquileres de ciertos cuchitriles, malos para animales. Las casuchas miserables habían brotado por donde quiera, según los azares del terreno, nidos de gusanos y de peste. ¡Qué tristeza, á tan altas horas de la noche, bajo un cielo lúgubre, la de aquella ciudad maldita del trabajo, obscura, acogotada, imunda, como repugnante vegetación de la injusticia social!

Bonnaire que iba delante, siguió por una calleja, torció por otra, y llegó por fin á la calle de las Tres Lunas. Era una de las más estrechas, sin aceras, empedrada con guijarros puntiagudos, recogidos en el lecho del Mionna. La casa, cuyo primer piso ocupaba, negra, agrietada, de tal modo se había hundido de repente un día, que hubo que apuntalar la fachada con cuatro grandes vigas; y Ragú ocupaba con Josina, justamente, los dos cuartos del segundo, cuyo piso hundido se apoyaba en los puntales. Abajo, la escalera pina como una escala, arrancaba del mismo umbral de la puerta, sin vestíbulo.

—Quiere decirse, caballero,—dijo al llegar allí, Bonnaire á Lucas,—que va Vd. á hacerme el favor de subir conmigo.

Otra vez se sentía turbado. Josina comprendió que no se atrevía á meterla en casa, temiendo alguna afrenta, y que al mismo tiempo, sentía dejarla en la calle con el niño. Pero ella lo arregló, diciendo con su aire humilde de suave resignación:

—Nosotros no necesitamos entrar, esperaremos en la escalera, sentados en un peldaño, arriba.

Bonnaire aceptó en seguida.



—Eso es; esperad un momento, sentáos, y si consigo la llave, yo os la subiré para que podáis acostaros.

Desaparecieron Josina y Nanet en la profunda obscuridad de la escalera. No se les oía ni respirar. Se habían como sepultado en algún rincón, arriba. Bonnaire empezó á subir, guiando á Lucas, advirtiéndole que los peldaños eran altos, y recomendándole que se agarrase bien á la cuerda grasienta que servía de pasamano.

—Ahí, caballero, hemos llegado. No se mueva usted. ¡Oh, diantre! Los descansos no son anchos, y si uno se cayera, no sería floja la voltereta.

Abrió la puerta, y le hizo entrar delante, por cortesía, en una estancia bastante grande, alumbrada con luz amarillenta por una lámpara pequeña de petróleo. Apesar de lo avanzado de la hora, la Pelos trabajaba todavía junto á la luz, repasando ropa blanca; mientras su padre, el viejo Lunot, sumido en la sombra, se había adormecido, con la pipa apagada entre las encías. En una cama que ocupaba uno de los rincones, dormían los dos niños, Luciana y Antonieta, él de seis años, ella de cuatro, muy robustos y hermosos y medrados, para su edad. La vivienda, á parte de esta sala común, que era cocina y comedor, solo tenía otros dos aposentos, la alcoba de Lunot, y la del matrimonio.

Pasmada de ver volver á su marido á tal hora, la Pelos que no estaba provenida, había levantado la cabeza.

—¿Cómo es eso, aquí tú?

No quiso el marido empezar por la cuestión más grave, haciéndole saber desde luego que dejaba el Abismo; y prefirió arreglar primero el caso de Josina y de Nanet. Así, respondió evadiéndose.

—Sí, he concluido, y me vuelvo.

Luego sin dejarle tiempo para más preguntas, le presentó á Lucas.

—Mira, aquí está este caballero, un amigo del señor Jordán, que ha venido á pedirme una cosa que él te explicará.

Cada vez más sorprendida, la Pelos se había vuelto hacia Lucas, que pudo notar entonces su gran parecido con su hermano Ragú. Pequeña, con cara de mal

genio, de facciones acentuadas, de cabello espeso, rojo, tenía la frente estrecha, poca nariz, duras las quijadas; su tez brillante, de rubia azafranada, cuya frescura la hacía agradable todavía á los veintiocho años, y de aspecto joven, era lo que explicaba la viva afición que había decidido á Bonnaire á casarse con ella, aún conociendo su carácter abominable. Pero ello había sucedido, y en efecto, la espoa tenía en continua tormenta la casa, y tenía él que ceder en todos los pormenores de la vida cotidiana, para conseguir la paz. Coqueta, devorada por la ambición única de estar bien vestida, de tener alhajas, no se amansaba más que cuando estrenaba un vestido.

Lucas que se vió en el caso de hablar, comprendió que debía atraerla, con un cumplido. En cuanto entró, le pareció la habitación muy limpia, gracias al ama de la casa, á pesar de la humildad de los escasos muebles, se acercó á la cama y dijo:

—¡Oh! ¡que niños tan hermosos; duermen como ángeles!

La Pelos había sonreído, pero le miraba fijamente, y esperaba, segura de que aquel caballero no se habría molestado si no tuviese que obtener de ella algo importante. Y cuando tuvo que llegar al asunto, cuando contó que había encontrado á Josina sobre un banco, muerta de hambre, abandonada, en medio de la noche, la Pelos hizo un gesto violento, apretando las fuertes mandíbulas; y sin responder siquiera á aquel caballero, se volvió furiosa á su marido.

—¿Cómo, todavía este lío? ¿Me importa á mi eso?

Bonnaire, obligado á intervenir, procuró calmarla con tono de bondad conciliadora.

Sea como quiera, si Ragú te ha dejado la llave, hay que dársela á esa desgraciada, pues él está allí, en casa de Caffiaux, donde es capaz de pasar la noche. No se puede dejar á una mujer y á un niño dormir en la calle.

Estalló con esto la ira de la Pelos.

—Si señor, tengo la llave, sí. Ragú me la ha dejado, y justamente para que esa andrajosa no vuelva á plantársele en casa, con el galopín de su hermano. ¡Pero á mí no me importa saber nada de esas por-



querías! Lo que yo sé, es que Ragú me ha dado la llave, y á Ragú se la devolveré.

Intentó el marido despertar su compasión, pero ella le impuso silencio, furiosa.

—¿Pero es que quieres obligarme á ser compinche de las queridas de mi hermano? Tocante á esa, que vaya á reventar donde le dé la gana, lejos, lejos, ya que ha sido bastante sinvergüenza para dejarse manosear. ¿Te parece decente? Y el hermanito, que arrastra por todas partes, y que se acostaba allá arriba, en un cuarto obscuro, junto á ella y Ragú... No, no; cada uno en su casa, y ella que se quede en el arroyo; antes ó después allí había de dar!...

Con el corazón en martirio, indignado, la oía Lucas; reconocía en ella la dureza de las mujeres honradas del pueblo, tan despiadadas para las pobres muchachas que caen, en su ruda lucha por la existencia. Pero en esta había, además, una sorda envidia, el odio á la joven bonita, graciosa y hecha para el amor, á quien los hombres buscaban, y á quien darían cadenas de oro, faldas de seda, si sabía engatusárselos. Venía este rencor del día en que había sabido que su hermano acababa de comprar una sortija de plata á Josina.

—Hay que ser compasiva, señora,—se contentó con decir Lucas, con voz que temblaba de lástima.

Pero la Pelos no tuvo tiempo de responder; se oyó en la escalera el estrépito de pasos fuertes y de traspies, y alguien abrió la puerta, á tientas. Era Ragú, á quien Bourron no había abandonado; uno tras otro, como buenos borrachos, que ya no pueden separarse, cuando han bebido juntos. Sin embargo, Ragú, bastante razonable, había podido arrancar de casa de Caffiaux, diciendo que, al fin y al cabo, era necesario volver al trabajo al día siguiente; y entraba en casa de su hermana con su compinche, para recoger la llave.

—La llave ahí la tienes,—gritó la Pelos, con despego.—¡Ya lo sabes, no me la vuelvas á dejar! justamente acaban de decirme no sé que tonterías, para que se la deje á esa mala pécora... Cuando tengas mujerzuelas que plantar en la calle, te encargas de ello tú mismo.

Ragú, á quien el vino enternece sin duda, se echó á reír.

¡Qué tonta es esa Josina!... Si hubiera estado amable, tranquila, como se debe, en vez de venir con lloriqueos, hubiera venido á beber un vaso con nosotros!... ¡Las mujeres! Las mujeres no saben entender á los hombres.

Y no pudo continuar, decir su idea entera, porque Bourron, que se había dejado caer sobre una silla, riendo sin motivo, flaco y acaballado, con su tono de eterno buen humor, decía á Bonnaire:

—¿Con qué, di, es verdad que dejas la fábrica?

Se volvió la Pelos sobresaltada, como si sonara un tiro á su espalda.

—¿Cómo que deja la fábrica?

Momento de silencio. Luego Bonnaire, armándose de valor, se resolvió.

—Sí, dejo la fábrica; no puedo hacer otra cosa.

—¡Qué dejas la fábrica!—exclamó ella airada, fuera de sí, plantándose delante de él.—¿Quiere decirse, que no bastaba que hayas cargado con esa indecente huelga, que en dos meses nos ha hecho comernos todas nuestras economías? hace falta además ahora, que pagues tú los vidrios rotos... Según eso, á morirse de hambre, y yo andaré en cueros!...

Sin enfadarse, respondió él suavemente.

—Es posible; puede que no tengas vestido nuevo por Pascua, y puede que tengamos que apretarnos la barriga. Pero te repito, que hago lo que debo.

No soltó presa ella; se le acercó, y le gritó en las narices.

—¡Bah! ¡Quiá! ¡Si piensas que te lo han de agradecer! Ya los compañeros dicen sin reparo á quien les quiere oír, que sin tu huelga, no se hubieran muerto de hambre durante dos meses. ¿Y sabes lo que dirán cuando sepan que dejas la fábrica? Dirán, que está muy bien, y que tú no eres más que un imbécil... En la vida te dejaré yo hacer semejante majadería. ¿Oyes? Mañana volverás al trabajo.

Bonnaire la miraba fijamente con su mirada clara y franca. Si solía ceder en materia de policía doméstica, si la dejaba reinar despóticamente en las cosas de familia, se hacía de hierro, cuando se trataba de



una cuestión de conciencia. Así que, sin salirse de tono, con la voz de amo, que conocía ella bien, se contentó con decir:

—Vas á hacerme el favor de callarte... Estas son cosas nuestras, de los hombres, y de las cuales las mujeres como tú, no comprenden una palabra, y más vale que no se mezclen en ellas... Tú eres muy valiente, pero harás bien en ponerte otra vez á repasar la ropa, si no quieres que nos enfademos.

Y la empujó hacia la silla, junto á la lámpara, obligándola á sentarse. Domada, temblando de cólera, que ya sabía ella que era inútil, volvió á coger la aguja, fingiendo desentenderse de asuntos de que se le alejaba, de modo tan claro. Despertando al ruido de las voces, Lunot, el anciano, sin extrañar ver allí tanta gente, encendió la pipa, y escuchaba con aire de viejo filósofo, desengañado.

Hasta los niños despertaron, y abriendo mucho los ojos, procuraban comprender las cosas graves que decían las personas mayores.

Ahora Bonnaire se dirigía á Lucas, todavía en pie, como tomándole por testigo.

—Vamos á ver, caballero. Cada cual tiene su honra. ¿No es eso?... La huelga era inevitable, y si hubiera que volver á empezarla, volvería; quiero decir, que con todas mis fuerzas empujaría á los compañeros á obtener justicia. No puede uno dejar que se lo coman; el trabajo debe ser pagado por su precio; á no ser que nos resignemos á ser simples esclavos. Tanta razón teníamos, que el señor Delaveau ha tenido que ceder en todo, aceptando nuestra nueva tarifa... Ahora noto que ese hombre está furioso, y que es preciso, como dice mi mujer, que alguien pague los vidrios rotos. Si yo no me marchase hoy por mi gusto, mañana encontraría él un pretexto para echarme. Y entonces, ¿qué? voy á empeñarme en quedar, para ser un continuo motivo de disputa? No, no; eso se convertiría en disgustos de todas clases para los compañeros, y estaría muy mal hecho por mi parte... Si he fingido volver, fué por qué los camaradas hablaron de continuar la huelga, si yo no volvía. Pero ahora, que ya están trabajando tranquilos, prefiero desaparecer, pues es necesario. Así se arregla todo; nadie se mo-

verá, y yo habré hecho lo que debo... Para mí es cuestión de honra; yo tengo la mía.

Decía todo esto con sencilla grandeza, con aire corriente, con bizarría, y Lucas sintió emoción profunda. De este obrero, que había visto negro y mudo, trabajando en dura labor ante aquel horno; de este hombre que acababa de ver, bondadoso y apacible, tolerante y conciliador en familia, surgía un héroe del trabajo, uno de esos luchadores oscuros, que han dado todo su sér á la justicia, y que sienten la fraternidad hasta el punto de inmolarse por los demás en silencio.

Furiosa, sin dejar de mover la aguja, la Pelos repitió:

—Y nosotros reventaremos de hambre!

—Y nosotros reventaremos de hambre; es muy posible,—dijo Bonnaire;—pero yo dormiré tranquilo. Ragú rió con fisga.

—¡Oh, morir de hambre!; cosa inútil, eso nunca ha servido de nada. No es que yo defienda á los patronos. ¡Vaya una pandilla! Sólo que, como los necesitamos, siempre hay que acabar por entenderse, y hacer, sobre poco más ó menos, lo que ellos quieren.

Y continuó con sus bromas, con el corazón en la mano. Era el obrero del término medio, ni bueno ni malo, el producto estropeado del salario, tal como le hacía la actual organización del trabajo. Gritaba mucho contra el régimen del capital; le enfadaba el peso abrumador del trabajo impuesto, y hasta era capaz de una rebeldía pasajera. Pero el largo atonismo le había encorvado, tenía en el fondo alma de esclavo, respetuoso ante la tradición establecida, envidiando al patrono, dueño y soberano, que poseía y disfrutaba todas las cosas; y no alimentaba más que la sorda ambición de reemplazarle el mejor día, para poseer y disfrutar á su vez. El ideal, en suma, era no hacer nada; ser él patrono para no hacer nada.

—¡Ah! ¡Ese cerdo de Delaveau! Quisiera estar ocho días en su lugar, y que él estuviera en el mío. Me gustaría ir á verle hacer la bola, fumando yo grandes cigarros. Y ya se sabe, todo llega, podemos convertirnos en patronos cuando se vuelva la tortilla.

Esta idea divirtió prodigiosamente á Bourron, que